

Pep el pulpo

En un rincón del gran océano, donde las aguas eran de un azul profundo y las algas bailaban con las corrientes, vivía un pulpo llamado Pep. Todos conocían su inteligencia. Resolvía problemas, encontraba comida en lugares escondidos y sabía escapar de los peligros. Los demás habitantes del mar admiraban su sabiduría.

Un día, mientras jugaban junto a una roca, la tortuga Tura, el pececito Blau y la gamba Gira lo vieron haciendo sus ejercicios diarios.

—¡Hola, Pep! —llamó Blau—. ¿Vienes a jugar con nosotros?

Pep los miró de reojo y respondió con sequedad:

—¿Jugar? No tengo tiempo para cosas tan simples. Prefiero actividades que me hagan pensar, en lugar de dar vueltas sin rumbo como vosotros.

Los tres se quedaron callados y tristes. Pep prefería estar solo y creía que sus actividades eran más importantes que compartir tiempo con los demás.

Otro día, mientras observaba una complicada red de coral, Gira pasó a su lado muy nerviosa.

—¡Pep! ¡Necesitamos ayuda! ¡Se acerca una gran tormenta y no sabemos dónde escondernos!

Sin apartar la vista del coral, contestó:

—Buscad una cueva segura, claro. Es evidente; no hace falta ser un genio. Estoy ocupado, ¡así que apañaos!

Gira regresó con sus amigos, apenada. Mientras se acercaba la tormenta, los animales se refugiaron juntos. Todos menos Pep, que confiaba en encontrar la solución perfecta en el último momento. Pero la tormenta fue más fuerte de lo esperado y las olas lo arrastraron muy lejos.

Al terminar, se encontró solo en un lugar desconocido. Comprendió que, por muy listo que fuera, no podía resolverlo todo sin ayuda. Por primera vez se sintió vulnerable y triste.

Blau, Gira y Tura habían estado a salvo en una cueva. Al salir, comenzaron a buscarlo.

—¡Quizá esté solo y asustado! —dijo Tura—. Tenemos que encontrarlo. Es nuestro amigo.

Tras varias horas lo hallaron detrás de una roca, encogido de miedo y con los brazos enredados.

—¡Pep! ¿Estás bien? —gritó Blau.

Pep no esperaba verlos. Sintió una calidez en el corazón: había sido desconsiderado y, aun así, habían acudido a ayudarlo.

—Lo siento mucho… —murmuró con voz temblorosa—. Siempre pensé que podía hacerlo todo solo. Ahora veo que sin vosotros no soy

tan fuerte como creía. Gracias por buscarme.

Sus amigos lo rodearon en un abrazo, acercando sus aletas y pequeñas patas.

—No pasa nada, Pep —dijo Gira, sonriendo—. Los amigos se ayudan.

Desde entonces empezó a escucharlos y a pasar más tiempo con ellos. Aprendió que la sabiduría también consistía en comprender a los demás y dejarse ayudar. Además de ser inteligente, se convirtió en un verdadero amigo capaz de ponerse en el lugar de otros.

En las profundidades del mar descubrió el valor de la amistad. Entendió que saber muchas cosas y resolver problemas eran solo parte de la sabiduría: también había que cuidar a los demás y formar parte del grupo. Compartió sus conocimientos, pero también escuchó, prestó ayuda y disfrutó de estar acompañado.

Jugar y conversar, que antes le parecían una pérdida de tiempo, se convirtieron en los momentos más felices del día. Descubrió que ser un buen amigo era lo que de verdad lo hacía especial.

Así, entre juegos, risas y aventuras, Pep y sus amigos vivieron felices, demostrando que la verdadera inteligencia también nace del corazón.